

JOSEP M. PUIG SALELLAS

# El Palau del Parlament

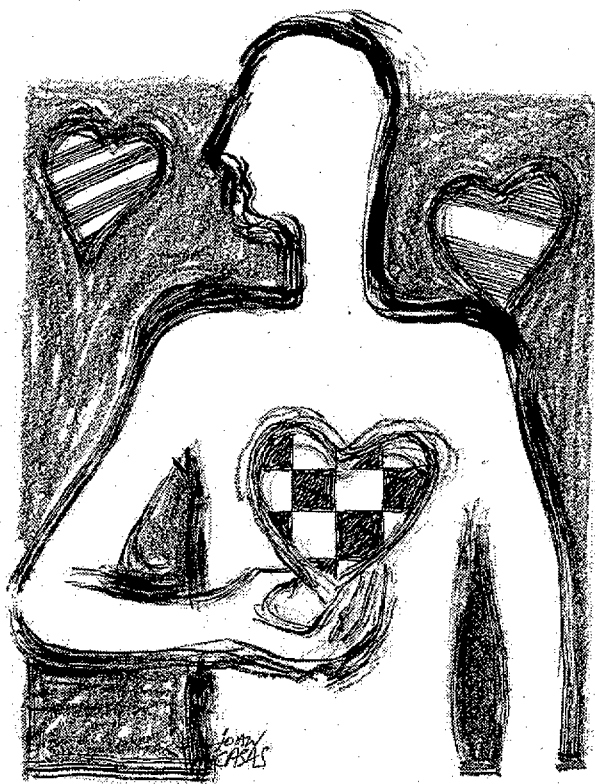
El Palau del Parlament ha sido el marco solemne de presentación del libro "El sistema político de Catalunya", conjunto de trabajos de un grupo de jóvenes profesoras y profesores universitarios, coordinados por Miquel Caminal y Jordi Matas. En un acto presidido por el M. H. señor Joan Reventós, presidente de la institución, hombre cordial y uno de los personajes clave de la transición catalana y de aquella obra maestra que, para la concordia social, fue la creación del PSC. En definitiva, para la integración pacífica del sector no autóctono de la izquierda catalana, bajo la prudente guía de una elite identificada con el país, que había leído a Marx en la universidad franquista.

El libro —sus autores enseñan en diferentes universidades catalanas— es un magnífico ejemplo de lo que es sin duda una de las grandes potencialidades que este país tiene a su disposición: la cooperación interuniversitaria. Porque no duden ustedes de que nuestro sistema de enseñanza superior, en su conjunto, está en condiciones de devenir, cuando la mejora del detestable sistema de financiación autonómica actual lo permita, el más importante del Mediterráneo y uno de los cinco o seis primeros de Europa. Y, al lado de la docencia convencional, estamos hablando de dos cosas tan decisivas para la sociedad actual como la investigación y la formación continuadas. Creo que lo pusimos de relieve tanto mi amigo Carles Solà, rector de la Universitat Autònoma de Barcelona, como yo mismo, en mi condición aún —a punto de dejar el cargo— de presidente del Consejo Social de la Universitat de Barcelona, en nuestras respectivas intervenciones.

Pero, al margen del acto en sí, estaba la satisfacción del ciudadano raso que había vivido tantos años bajo la dictadura al encontrarse, intacto desde antes de la Guerra Civil, en el magnífico marco de la primera institución del país.

Tuvimos un cicerone excepcional en la subsecuente visita de las dependencias: el señor Ismael Pitarch, letrado mayor de la casa, en una exposición que, envuelta en una matizada ironía, combinaba sabiamente la categoría con la anécdota. Su fibra sensible vibraba en la contemplación de los magníficos artesanos con los que el arquitecto Pere Falqués, en la restauración del edificio, había decorado el techo de las distintas dependencias del palacio.

Un edificio que, lejos ya su primera aplicación militar, la burguesía de la época quería ofrecer a María Cristina de Austria, la reina regente, en la ilusión de que una ciudadana como ella, en definitiva, una descendiente de Carlos III, nacida y educada en una monarquía plurinacional, tendría una mejor disponibilidad a la hora de atender las aspiracio-



JOAN CASAS

**CUANDO UN PAÍS VIVE  
una situación tan absurda  
como es una lucha civil,  
siempre hay alguien que opta  
por salvar las esencias**

nes políticas —aun modestas, ciertamente— de las fuerzas vivas de este país. Naturalmente, visitamos el salón de sesiones, que, en sustitución del inicial —que tenía una disposición de los bancos en paralelo, a la manera de la Cámara de los Comunes—, diseñó Santiago Marco, que entonces marcaba la pauta en el Foment de les Arts Decoratives, el FAD. Pero, más allá de la contemplación del espacio, ya conocido por otra parte, ¿quién había mantenido intacto este símbolo nada menos que de la autonomía de Cataluña, después de la entrada de las tropas franquistas en Barcelona, al final de aquella guerra?

—No se sabe —me contestó el señor Pitarch.

Alguien debe saberlo, sin embargo. Y es que, cuando un país vive una situación tan absurda como es una lucha civil, siempre hay, a un lado y a otro de la contienda, alguien que, pese a todo, mantiene la cabeza fría y opta al final por salvar las esencias. Y este país, que desde la disputa tenida ya en el siglo XV entre la Generalitat y Joan II, un Trastámara, tiene una amplia experiencia al respecto, está en condiciones de dar buenos

puntos de referencia. Confieso que hay uno que siempre me ha resultado especialmente atractivo, y es el caso de Francesc Amatller, "botifler" ilustre, que interviene activamente después del 11 de septiembre de 1714. Primeramente, consigue aminorar la imposición lingüística. Es decir, cuando el superintendente José Patiño quería imponer el castellano en todas las actuaciones judiciales, Amatller consigue que el decreto de Nueva Planta limite su penetración a las causas que se vean ante la Real Audiencia, no las de los tribunales inferiores.

Después, naturalmente, vendrá el otro Carlos III y, en pleno gobierno de la Ilustración, la real cédula de 23 de junio de 1768 hará vano el intento y generalizará la imposición, que extenderá incluso a la enseñanza. Pero, si no la lengua, sí el derecho civil que, al final —y hasta nuestros días—, Amatller conseguirá salvar, evitando la aplicación en Cataluña de un derecho tan alejado de los requerimientos de la sociedad catalana de la época como el de Castilla.

Y entonces, aunque la dimensión sea ciertamente distinta y, por tanto, la pregunta desproporcionada, ¿quién fue el Amatller del salón de sesiones del Parlament de Catalunya?

Es decir, alguien, en los primeros meses de 1939 —como es sabido, las tropas del general Yagüe entran en Barcelona el 26 de enero de este año—, sigilosamente, debió disponer el cierre a cal y canto de aquellas dependencias. Y así durante casi cuarenta años. Pues bien, terminada guerra, el primer alcalde de Barcelona fue el señor Miquel Mateu, que ocupó el cargo hasta 1945, año en que pasa a ser embajador en París. Personaje significativo de la sociedad catalana, descendiente de una familia de industriales metalúrgicos, pero también coleccionista de arte y restaurador del castillo de Peralada, residencia que había sido en la edad media de la familia de los Rocabertí. Era, por tanto, un hombre cuya evidente adhesión al régimen e incluso su relación personal con el general Franco no habían de ser incompatibles con la adopción, o quizás con la tolerancia, de una determinada actitud de elegancia cultural, de respeto incluso, hacia los símbolos de un pasado demasiado reciente.

Además, el palacio del parque de la Ciutadella era propiedad del Ayuntamiento de Barcelona y, por tanto, no es aventurado situar en el ámbito municipal una actitud que iba a proteger con el olvido las dependencias que no iría ocupando la expansión del Museu d'Art Modern, que, para el público en general, acabó siendo la única referencia del edificio hasta el advenimiento de la democracia.

Pero como alguien debe tener información de primera mano y yo no podría hacer otra cosa que más conjeturas, me limito a dejar constancia aquí de mi perplejidad. ●

# El arte en el fútbol

JOSEP M. SÒRIA

Cuando dentro de cinco o seis siglos el fútbol sea un juego virtual que se disputará en los salones de las casas y los grandes estadios no sean más que unos enormes e incomprensibles restos arqueológicos para solaz de turistas lapones o zulúes, el futuro antropólogo deberá acudir al vídeo de la final europea de anteayer en el Camp Nou para poder comprender y explicarse todo lo que este juego puede llegar a significar. Difícilmente encontrará un ejemplo mejor y, desde luego, dispondrá de información privilegiada.

Probablemente lo primero que observará es que en esta sociedad finisecular el juego es real y no simulación de vida, como había sido hasta fechas recientes. De aquella misma realidad que la cultura o el arte, en lo que antes fueron conceptualizaciones del progreso y el saber o de la belleza. Juego (ocio), cultura y arte ya no son conceptos, sino que forman parte del existir de la persona de finales del XX. A su alrededor se levantan existencias, negocios, emociones, pasiones y depresiones. Cultura, en definitiva.

El encuentro de la final europea del otro día es, decíamos, un paradigma esencial, casi platónico, porque pertenece al mundo de lo ejemplar. Lo fue por el juego (no fue el mejor, pero tuvo momentos excelsos) y por la emoción. Porque ambos se disputaron el balón en buena lid, sin desmayo y sin violencia desmedida (el árbitro apenas existió). Lo fue, además, porque el azar tuvo un papel definitivo en el desenlace, porque el grupo que mejor condición física y mejor planteamiento táctico mantuvo sobre el césped se vio despojado de su autoridad casi mayestática por el grupo más emocional y anárquico, en dos genialidades y en tiempo de des cuenta. Brutal. Qué mejor final para un estudio sobre las emociones humanas.

Y finalmente, fue ejemplar por el comportamiento litúrgico de las dos hinchadas, con sus cánticos y gritos de apoyo, con el desbordante entusiasmo de los presuntos perdedores y, especialmente, por el increíble pasmo de los aficionados alemanes. Al final del encuentro, aquellos rostros que evidenciaban la incomprensión absoluta por haber sido despojados del título del que se habían justamente casi apropiado, son una obra maestra. Como lo es la imagen de un defensa de color del equipo alemán, derrumbado en el césped mientras el árbitro intenta consolarle. Fotogramas merecedores de ser exhibidos en un museo de arte contemporáneo. Pocas veces el deporte es capaz de reunir tanta belleza e información social.

Ganó el Manchester y quedará en gran campeón, en solitario, para las estadísticas. Pero lo que ofrecieron los dos equipos y las dos hinchadas figurará en las hemerotecas del futuro para estudiar el comportamiento humano en sociedad a finales del siglo XX. Y no faltará quien dedique una tesis al Camp Nou. Pero esa ya es otra historia. ●

# Investigar y converger con Europa

XAVIER VIVES

La renta per cápita española no llega al 80% de la europea, mientras que la catalana se sitúa aproximadamente en la media. Mientras tanto, nuestras máximas autoridades tanto a nivel español como catalán se comprometen a que España y Cataluña alcancen o superen a Europa en un periodo determinado de tiempo. ¿Cómo hacerlo? Los factores de crecimiento están bien entendidos y de entre ellos destaca la inversión en investigación y desarrollo (I+D). Los estudios más solventes del tema concluyen que la convergencia real de España con Europa necesitará un esfuerzo mucho mayor que el presente en I+D. Sobre el papel, y a juzgar por las declaraciones de los responsables políticos, el esfuerzo

en I+D es una prioridad tanto del Gobierno español como del catalán. Sin embargo, en la práctica las cosas no están tan claras. En primer lugar, el esfuerzo en I+D sigue siendo bajo y no se aprecia una tendencia ascendente sostenida. En el caso español, el gasto en relación con el producto interior no llega a la mitad de la media europea. La comunidad que más esfuerzo realiza en I+D es Madrid, que supera el 2% del PIB, mientras que Cataluña no llega al 1% y es superada por el País Vasco. El peso de las empresas multinacionales y de buena parte de la investigación pública en Madrid se nota. Además, el impulso de la segunda mitad de los ochenta se ha agotado y el número de investigadores preparados que no encuentran el sitio adecuado, o no tienen perspectivas de tenerlo, en el sistema científico técnico español es grande. Esto sucede con el agravante de que muchos de ellos han sido becados en las me-

jores universidades del mundo y ahora no se sabe cómo rentabilizar la inversión en capital humano realizada. En segundo lugar, pero no menos importante, no solamente hay que gastar más, sino que hay que gastar mejor. Y aquí la preocupación aumenta. En efecto, la espina dorsal del I+D se halla en el sistema universitario y los organismos científicos estatales. Hoy por hoy, desafortunadamente, la contribución del sector privado tanto a la realización como a la financiación del I+D es pequeña.

Para avanzar se debería concentrar el gasto en los grupos punteros en el contexto europeo. La política del café para todos, sobre todo en un marco de restricciones presupuestarias, es mortal para los grupos de excelencia. Para ello es necesario financiar a los grupos según los resultados obtenidos de acuerdo con los estándares establecidos in-

ternacionalmente y tomando como referencia nuestros competidores europeos. Una consecuencia es que hay que asumir un hecho: no todas las universidades españolas (o catalanas) pueden pretender ser "research universities", según la terminología anglosajona. Todas deben buscar la excelencia en la docencia, pero solamente unas pocas deben concentrar los recursos para la investigación. En la terminología de la economía industrial, y siguiendo las consideraciones de Solé Parellada en este mismo periódico, las universidades, de forma natural, han de estar diferenciadas "verticalmente", por la calidad, en lo que se refiere a la investigación.

Finalmente, hay que encontrar los mecanismos para que el sector privado se involucre a fondo tanto en las actividades de I+D como en el uso del personal científico y técnico (doctores esencialmente). Aquí se necesita un cambio en la cultura

empresarial. La visión que predomina es de corto plazo sin darse cuenta en muchas ocasiones de que sin investigación e innovación hoy no habrá mercado mañana.

En contraste con otros países avanzados, muchas empresas importantes del país prefieren ir de "freeriders" en lo que a la investigación se refiere en lugar de, por ejemplo, dotar cátedras en las universidades y organismos públicos de investigación. De este modo, el sector privado podría indicar las áreas que considera prioritarias. Se puede argumentar que la fiscalidad no ayuda, pero éste no es el único factor.

En el mundo de hoy no avanzar es quedarse atrás. El tiempo de las declaraciones ya ha pasado, es necesario un golpe de timón que ponga en una base moderna la organización del sistema científico técnico, aumente el esfuerzo en I+D y facilite al mismo tiempo el necesario cambio cultural en la empresa. ●